



Jesús Vicente García

Los  
amaneceres  
también tienen  
sabor a café

Ilustraciones de Beatrix G. de Velasco

*El que les escucha a ustedes me escucha a mí.  
Y el que los desatiende a ustedes me desatiende a mí.  
Además, el que me desatiende a mí  
desatiende al que me envió.*

LUCAS 10:16

## I

SUCEDE QUE BASILIO SE CANSA DE SER PACIENTE, de ser hombre de ciudad, de ser un joven que nació con la globalización desde la cama de hospital cuando su mamá Vera lo vio por vez primera, y seguramente le dijeron: entrego a su hijo vivo que pesa tanto, mide tanto y chilló con tantos decibiles; y ella habrá respondido: recibo a hijo vivo que pesa tanto, mide tanto y chilló a tantos decibeles. Hay momentos en la vida que un café lo puede sacar de quicio con las preguntas que no quiere escuchar. “Sólo quiero un café capuchino chico, señorita, leche normal, por favor, con un carajo, maldita sea”. Es día del maestro y Basilio lo sabe, los cafés y la barbacoa, los cines y las cantinas. Ahí anda en Juárez y Reforma, con su amiga también maestra, alta y delgada, llena de cuadernos y planeaciones entre sus fólder, y en su USB, exámenes por calificar, trabajos por recibir.

Desde este cruce, Juárez y Reforma, la gente puede ver más gente que se tropieza entre sí, salen y entran de restaurantes, plazas llenas, bolsillos a punto de adelgazar; Juárez y Balderas igual ofrecen sitios para apaciguar la tripa, llenar la vejiga de cerveza, gastar dinero en ropa, tacos o discos de acetato, la vendimia es nuestro primer encuentro con la vida; un bebé al nacer, en esta ciudad, lo primero que ve es toda una estrategia de *marketing*, y en los brazos de su mamá verá vendedores ambulantes rumiando un producto que nadie necesita, pero su forma de venta permitirá que las carteras aflojen prenda. En Reforma se encuentran los cafés que por unos pesos más te ofrecen lo que no necesitas, y la Avenida Juárez es parte del paisaje urbano de una ciudad que vive a pesar de los gobiernos que cierran calles, avenidas y calzadas para hacer paseos ciclistas vestidos de deportistas que ese día les importa un cuerno estorbar la vialidad, que se frieguen los demás, y dicen yo soy deportista dominguero, porque entre semana ando en mi auto y, eso sí, no me cierran las calles; los domingos

nadie trabaja, qué más da que se cierren; y así andamos en la ciudad, mal informados, porque si nadie trabaja, entonces quién atiende a ese ciclista cuidador de la ecología, benefactor del medio ambiente, preocupado por la contaminación, cuando después de estorbar en Reforma, acude a un restaurante a almorzar, ¿acaso un robot? Los domingos también se trabaja, pero ellos no, porque son de la clase media que mira hacia arriba y pisa hacia abajo, “no hago mal a nadie, ando en bicicleta y mi carro no contamina, evito el calentamiento global”; lo global, parece, todo lo echa a perder un domingo cualquiera, caluroso, bochornoso, quemante, con bicicletas que estarán siete días sin usar; viva la familia globalizada.

A

En el Juan Valdez, contra esquina con el Caballito, cerquita de la oficina de los senadores, deciden beberse un café caliente para contrarrestar el calor. Los reciben mesas de madera al frente. A su izquierda, la barra donde los atienden, se pide y se prepara el producto. Arriba, los precios, la publicidad. Abajo, los jóvenes abriendo botes de leche con logotipo de vaca, mandil rojizo, haciendo café y sonriendo, esa es la intención. “Hola. ¿Qué vas a querer?”.

—Dos capuchinos chicos, leche entera —afirma Basilio con un calor que le recuerda al Quijote cuando se le escurre el queso bajo su baciuelmo pensando que eran los sesos, si algunos tuviere.

—¿Como éste? —la señorita con mandil y un gorro, sonrisa en la boca y con un brillo raro en los ojos, como pescado de mercado, toma de una fila de vasos uno rojizo.

—¿Ése es el chico? —ataja Marisol, la amiga maestra de Basilio (especializada en novelas policíacas como lectora). La del mandil le dice que no.

—Entonces por qué me preguntas si ése —cierra el ángulo Basilio. Y le muestran la oferta de que por tantos pesos más le pueden dar uno mediano.

—Queremos uno chico —responde Marisol.





## II

Según Mario Vargas Llosa, uno de los argumentos más frecuentes contra la globalización es el siguiente: la desaparición de las fronteras nacionales y el establecimiento de un mundo interconectado por los mercados internacionales dará un golpe a las culturas regionales y nacionales, a las tradiciones, costumbres, mitologías y patrones de comportamiento que determinan a la identidad cultural de cada comunidad o país.

## B

—A ver, repito, señorita: dos capuchinos chicos, clásico, leche entera.

—Muy bien, dos capuchinos chicos, ¿gusta leche deslactosada o...?

—Entera —eleva la voz Basilio.

—¡Entera! —la eleva más Marisol.

—Entonces es éste el que quiere, ¿verdad? —y vuelve a mostrar un vaso rojizo.

—¿Hay alguna variedad en el tamaño chico? ¿Hay más de dos chicos?

—No, el chico es éste —agregó la del mandil.

—O sea que si te decimos que sí al otro, nos lo cobras, ¿verdad?

—Bueno, es el que usted me diga.

—Pero si ya te dijimos chico por qué me preguntas si ése u otro —Marisol, con su vez más chillona aún, parece que la estuviera regañando—. Eso es plan con maña.

—Claro, te decimos que sí a ése y nos lo cobras, ¿y qué tal si no tuviéramos dinero?

—Si vienes aquí es porque vas a consumir.

—Por supuesto, pero lo que nosotros pidamos, no lo que ustedes nos digan.

—Oquéi. Dos capuchinos chicos, leche entera, y no quiere la oferta de uno mediano, le sale más barato.

—Si quisiera un café más grande lo pediría. Te diría: quiero un cafesorotote, me encanta, quiero un chingo de café, pero no es el caso, ¿cómo ves?

La del mandil ve a Marisol con sus reservas, de frente, y no se sabe si está avergonzada o le está mentando la madre con la mirada.

### III

Ya no se trata al cliente de manera individual, sino a todos en el mismo costal. Se les pregunta de la misma forma a todos, se les da el cambio igual, se le repite el mismo discurso; se rompe la tradición del trato personal. En los mercados, el de la carnicería trataba distinto a doña Trini que a la señora Ernestina, a don Cuco que al señor Felipe. “¿Cómo estamos, mi Feli? Vámonos por las frías de una vez”. “Don Cuco, qué tal esa reuma, qué le dijeron en la clínica, ¿verdad que no fue nada?”.

### C

—¿A nombre de quién?

—Basilio.

—Marisol.

—¿Les parece Basisol?

Ambos dicen que sí a la que pareciera hija de Sancho, quien le puso baciuelmo a la combinación de bacía y yelmo.

—¿Desean acompañar su café con unas galletas, un pastel? Tenemos...

—Sólo queremos café. ¿Queda o no claro?

La del mandil no responde a eso.

—Le cobro 82 pesos.

Basilio le extiende uno de a cien. Ella repite lo que ve. “Recibo cien pesos”. Basilio sonríe de burla, de nervios, de desesperación. “Le devuelvo dieciocho pesos”.

—Recibimos dieciocho pesos de mujer con mandil que no entiende que sólo queríamos un capuchino pero hace un chingo de preguntas, que engaña a la gente, que le pone trampas para que uno caiga, que fabrica cosas malas disfrazadas de buenas —Basilio se sorprende ante la respuesta de Marisol.

—Gracias, los esperamos por acá. Que disfruten su café.

—Recibimos gracias de mujer con mandil y que nos espera por acá con los brazos abiertos y se atreve a decir que disfrutemos el café.

—Yo no dije eso —responde la globalizada mujer del mandil.



—Mujer que atiende en Juan Valdez que dice que no dijo eso.

—Voy a llamar al gerente si siguen molestando.

—Escuchamos que llamará al gerente si seguimos molestando —Marisol se le acerca, barra de por medio, y casi se sienten sus alientos: —¿Verdad que no es tan padre que repitan lo obvio?

—Sólo hago mi trabajo.

#### D

Marisol toma de la mano a Basilio Valdés Balderas, quien, por cierto, quiso ir a ese lugar porque se apellidan casi igual, pues el suyo es con “s” y el del café es con “z”, pero suenan a lo mismo. Algo les dice que no deben enojarse. Basilio empieza a tararear una canción ochentera de un grupo cuyo disco lo tiene Vera en su casa, *Un pingüino en mi ascensor* y que a la letra dice: “y es que a nadie le importa que yo odie el café, y estoy hasta la coronilla, lo que a mí me gusta es la manzanilla...”.

#### IV

Los cantineros deberían dar clases a los que atienden en esos cafés uniformes. Son los mejores psicólogos nocturnos. Sonríen si es necesario. Su palabra es sabia. Cuidan al cliente. Se preocupan por ellos. Conocen sus nombres y saben de su vida sexual y cotidiana. Son elegantes. Son los verdaderos ángeles de la noche.

#### E

“La globalización acentúa el pleonasma, repite la repetición, enfatiza lo dicho, enaltece la obviedad”. Marisol piensa que en estos lugares al preguntarte lo que no quieres, pueden llegar a crearte la necesidad de querer eso. La globalización se parece un poquito al narrador omnisciente: todo lo sabe y lo ve, se atrasa y se adelanta. Como la mayéutica: se llega al conocimiento preguntando y respondiendo. —¿Quieres ser mi novia?

—Qué cursi eres.

Marisol lo abraza y lo besa. “Recibo besos dulzones de Marisol”. “Doy beso a Basilio”. Dicen testigos que se fundieron en un abrazo, recargando los mentones en los hombros del prójimo tanto tiempo que los agarró la tarde-noche del día del maestro y supieron que los amaneceres también tienen sabor a café. 